

SÁBADO

Ian McEwan

Anagrama, Barcelona

328 pp.

18 €

Trad. de Jaime Zulaika

La frágil felicidad

Yaiza Santos

1 febrero, 2006

Sostiene Ian McEwan (Aldershot, 1948) que *Sábado*, su última novela, no existiría sin el 11-S ni el clima de inseguridad mundial posterior. Pese a esto, y a que la historia arranca con el protagonista

contemplando pasmado cómo un avión en llamas cruza el cielo de Londres, no se trata de un libro oportunista, puesto que los atentados terroristas no intervienen en la trama más que de telón de fondo. Sí es primordial, sin embargo, la elección de un solo día –el 15 de febrero de 2003, el de las manifestaciones contra la inminente invasión de Irak– como el tiempo en que transcurre la novela, porque tal decisión condiciona su estructura, por un lado, y permite a McEwan mostrar las diferentes opiniones que suscita esa guerra, por otro.

Sábado es, su título redundante en ello, el relato de veinticuatro horas en la vida de un sobresaliente neurocirujano, Henry Perowne, cuya felicidad doméstica se ve amenazada por las consecuencias de un encontronazo con tres maleantes a causa de un accidente leve de automóvil, suceso que el protagonista, con sagacidad, acaba resolviendo en principio. Y sólo en principio, porque quien conoce a McEwan, miembro de esa generación-corona cuyos diamantes incluyen a Julian Barnes, Martin Amis o Kazuo Ishiguro (el *British Dream Team* de Anagrama del que presume Jorge Herralde), sabe que ese incidente –la mota que provoca la ruptura en las vidas tranquilas de los personajes, como en *Expiación* (Anagrama, 2001)– es simplemente el anuncio de que algo peor sucederá. Con su habitual maestría a lo Henry James para desgranar la información, McEwan va dejando pistas que cobrarán sentido en el punto culminante, cuando el más violento de los delincuentes, Baxter, irrumpe en casa de Perowne justo cuando su familia acaba de reunirse. La tensión sostenida durante la escena del enfrentamiento posterior está a la altura del clima de expectación que hasta ese momento ha ido creando McEwan, y que mantiene hasta el final con una habilidad casi marca de la casa.

Junto a ésta, otra destreza del autor –y un tema recurrente, a veces central, caso de *The Child in Time*– es el tiempo y su manejo narrativo. La clave de la maleabilidad de esas veinticuatro horas de *Sábado* –contadas en presente, acorde con su promesa de escribir una novela sobre el hoy–, la da el personaje central: «En la introspección, un segundo puede ser mucho tiempo». Y, efectivamente, el manejo del tiempo es relativo: se ralentiza a través del pensamiento del personaje central y se acelera en los momentos de acción. Es justamente el pensamiento, los procesos del raciocinio, una pieza fundamental en el libro, aparte de otra de las obsesiones de McEwan: «¿Llegará a saberse algún día cómo la materia se vuelve consciente?», se pregunta en un momento dado Perowne. Y baste recordar una de las numerosas veces que la inolvidable Briony de *Expiación* se refiere a los mecanismos del cerebro: «Penetrar en una mente y mostrarla en acción, o siendo accionada, y hacerlo con un designio simétrico, constituía un triunfo artístico», para asociarlo inmediatamente con la profesión del protagonista de *Sábado*, la neurocirugía. El afán de precisión de McEwan, en relación con esto, lo llevó a asistir durante un tiempo a un quirófano durante seis horas al día, hazaña comparable a la de Zola documentando su *Germinal*. El resultado, unas minuciosas descripciones de operaciones cerebrales capaces de competir con el suicidio de Emma Bovary; y no deja de tener su gracia que el doctor Perowne mencione su recelo hacia los novelistas del siglo XIX –.

Porque si había alguna duda, queda claro que a pesar de las circunstancias vitales similares –la madre internada en un geriátrico, la relación con el hijo, el barrio donde vive–, Perowne no es un trasunto de McEwan cuando empieza a hablar de literatura: el médico racional que es no soporta a Flaubert, ni a Tólstoi, ¡ni al mismo McEwan!: un guiño que los fieles descubren gracias a una cita clave de *Niños en el tiempo*.

En cuanto al telón de fondo de la novela, el sábado 15 de febrero de 2003 sirve de percha a McEwan para expresar sus propios sentimientos ambivalentes ante la decisión de atacar Irak. En la reveladora discusión con su hija, ferviente defensora del no a la guerra, Perowne, que no ha asistido a la manifestación, acaba diciendo: «Ya te he dicho que no soy partidario de ninguna guerra. Pero ésta podría ser el mal menor. Lo sabremos dentro de cinco años». Llama la atención, sobre todo, la lúcida denuncia de McEwan de la doble moral de los manifestantes –en contra de la invasión, pero no del dictador Sadam–, maliciosamente notable en un comentario sobre Harold Pinter, quien participó en la concentración de Hyde Park dirigiendo unas palabras a la multitud: la hija de Perowne aprueba la compra familiar de un Mercedes S500 diciendo que el último Nobel también tiene uno. Sin embargo, es improbable que McEwan pretenda una declaración política con *Sábado*, y tampoco importa. Ya dejó claro en su anterior novela cuál es la responsabilidad del escritor en tales temas mundanos: «Puesto que los artistas son políticamente impotentes, tienen que aprovechar este tiempo para desarrollar estratos emocionales más profundos. Su tarea, su tarea bélica, consiste en cultivar su talento, y en seguir el rumbo que le exija». Punto.

Lo que cabría preguntarse es si siguió su rumbo y llegó a su destino, si cumplió su propio reto, esto es, en sus palabras, «mostrar lo difícil que es tomar la decisión correcta. Puedes considerarte un tipo muy racional, altamente inteligente y educado, portavoz de opiniones propias que, ante una repentina situación de conflicto, toma decisiones perfectamente racionales. Pero esa decisión pone en movimiento otras consecuencias que evolucionan fuera de tu control. Hay un paralelismo con la forma en que nosotros, el Occidente inteligente, con toda nuestra historia, los errores y la insistencia en el poder de la ley, reaccionamos ante el más irracional de los cultos: el islam radical. ¿Empezamos a culparnos a nosotros mismos, a endurecer las leyes, a invadir el país vecino?». Y sí, la debilidad de Occidente halla una metáfora en el universo ideal del doctor Perowne –una esposa a la que ama, unos hijos inteligentes y guapos, el noble trabajo de salvar vidas, los pequeños placeres cotidianos–, quien a pesar de empeñar toda su racionalidad en solventar los conflictos, es impotente cuando todo se tambalea por las circunstancias que maneja el azar.

Contrariando a su admirado Saul Bellow –*Sábado* se abre con una cita de *Herzog*, por cierto–, que afirmaba que en la novela realista el mundo externo siempre vence al individuo común y corriente, McEwan, por esta vez, hace ganar la partida a ese individuo de a pie, y su ejemplo es un canto a la frágil felicidad construida con los valores conquistados en este lado del mundo.